



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 6 DE JULIO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El otorrinolaringólogo

LA HIJA DE SU ABUELA

OLGA DE LEÓN G.

La carretera comenzó a achicarse, se fue angostando y pronto se transformó, quedando reducida a camino pedregoso y bordeado de ambos lados por árboles tan pequeños como pajonales, en algunas partes; en otras, tan enormes que no alcanzábamos a verles su cima o cresta. Por lo burdo del camino, no podíamos ir muy rápido, al contrario, circulábamos bastante despacio.

Habíamos salido de casa muy temprano, antes de que el sol despuntara. Calculábamos hacer algo así como diez u once horas, según el tiempo y las veces que nos entrevistáramos en el camino, por detenernos para desayunar, almorzar, o comer, ir al baño y cargar gasolina, revisar los niveles del agua y el aceite, y el aire de los neumáticos. La camioneta era nueva, una de las primeras camper que salieron por ese año, la cual había comprado mi padre hacía menos de un año, pero él era muy cuidadoso y precavido; solía decir: “cuando viajen, siempre tengan presente que será mejor llegar tarde al destino propuesto, cualquiera que este fuera, que no llegar nunca”.

Era el último año de la década de mil novecientos sesenta; había terminado mis estudios de profesional, yo era la mayor de los hijos y el hermano que me seguía en edad, con un año y cinco meses menos, terminaría la carrera de Ingeniero mecánico-eléctrico, el siguiente año. Qué nos deparaba el destino a un mediano y futuro lejano: entonces, lo desconocíamos, no podíamos imaginar ni un poco, lo que cada uno viviríamos siendo ya adultos, menos siendo viejos de más de sesenta o setenta, en mi caso: ¡así es la vida!

Bien, por entonces, visitaríamos a los tíos por parte de mi madre que tenían enfermo al jefe de su familia, uno de los hermanos mayores de mi madre, quien vivía con su segunda esposa y los hijos que tuvo con ella, en un alejado y medio escondido poblado, de otro Estado bastante hacia el Norte. Nosotros salimos a la carretera desde la capital del país y hacía mucho tiempo que no los veíamos.

Alrededor de las once del día, hicimos la primera parada, almorzaríamos, pues los dos más pequeños se habían despertado y tenían hambre; nosotros también, pero no lo decíamos: todos necesitábamos comer algo, e ir al baño. Estirar las piernas sería bueno, especialmente para quien manejaba, José, el chofer que nos llevaba.

La memoria y la mente se divierten con nuestros recuerdos. Hasta aquí, casi todo sucedió como lo cuento, excepto por las fechas, ya que esto pasó muchos años antes, cuando yo tendría 10 años y no veinte o veintiuno, por lo tanto no era la década final de los sesenta, sino finales de los cincuenta del S. XX. Viajamos desde Mérida donde por esos años vivíamos, y no en la Ciudad de México. ¡Qué cosas!, parece un sueño contado en su desorden natural. En fin...

La camioneta nos parecía una extensión de la casa, era muy cómoda pues estaba totalmente equipada. Por esa época había cierta tranquilidad en las ciudades, la economía era boyante tras la Segunda Guerra Mundial, los negocios se recuperaban, había más fuentes de tra-



bajo y el entusiasmo empezaba a propagarse. Tardamos un día y algunas horas más en llegar a Poblado Anáhuac; más de las diez u once horas calculadas, pues mis padres priorizaron el descanso. Habíamos dormido en una casa de huéspedes, a la salida de Monterrey, N.L., ligeramente después de Santiago Nuevo León, creo que por el Blanquillo, donde almorzamos machaca con huevo antes de retomar a la carretera. El camino empedrado quedó atrás, mucho muy atrás... hasta que, una hora antes de llegar a nuestro destino, volvió a aparecer.

Nuestro tío parecía más bien el papá de mi madre... por su cabello completamente blanco al igual que el de su mamá, nuestra abuela y quien en realidad crio a nuestra madre, como su hija adoptiva, pero realmente era su abuela, la que por el afecto con el que siempre la vio y recibió, merece que todos los hijos de Amparito, la recordemos, sin que la hayamos conocido, como la abuela materna que quiso muchísimo a la hija que alguno de sus hijos negó, y la desheredó, robándole lo que legítimamente le correspondía, tras morir Adela, la madre-abuela de nuestra madre... Y, como una maldición, la hija mayor del segundo matrimonio del tío murió muy joven, de la misma enfermedad que mi madre sufriría durante años, hasta su muerte: “Dios castiga sin cuarta ni pena”.

Llegamos por fin a Poblado Anáhuac: el tío ya había muerto y su mujer fue hipócrita y mentirosa con mi madre. Todo depende del cristal con el que lo veas; pues nada fue así. Nada nos importó, no nos afectó ni dolió: nunca fueron familia, tan solo parientes lejanos y de paso, transitorios. Regresamos en el camper y todo quedó en un viaje un tanto

largo, con el que mis padres cumplieron por deber y buenos modales.

EL TRAYECTO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Preparé una maleta pequeña con las cosas necesarias para un viaje de tan solo unos días. Eché tres mudas de ropa interior más un par de pantalones y tres camisas. Nunca pensé que el viaje se extendería, no por unos días, sino por varios años. Salí de mi departamento, en Le Marais, París, y coloqué la pequeña maleta de color morado en la cajuela de mi Peugeot CC. Conduje a una gasolinera cercana, llené el tanque y luego me dirigí a Rue de Rivoil para seguir el camino hasta mi destino final: Luxemburgo. Un trayecto de cuatro horas. (Apocalipsis 6:5-6).

Durante el camino fui pensando en mi trabajo doble como profesor de una universidad privada, y como dueño de una firma consultora, la cual ofrecía servicios de asesoría en temas de Economía de la Cultura para el gobierno. Este último trabajo era sumamente demandante. En Francia, todo empleo con el gobierno es muy absorbente. Es una ocupación que me ha sacado las peores gratitis de mi vida. Y me ha sido difícil cumplir cabalmente con ambas obligaciones: las académicas y las de consultor. A veces se traslapan los tiempos de un trabajo con los del otro, o alguno demanda tiempos extras. Vivía constantemente en estrés, porque no siempre podía cumplir al cien por ciento con ambas actividades, pero necesitaba ambos trabajos. Tanto por los ingresos monetarios, como por la salud mental que me aseguraban. Los dos eran esenciales para mi vida y me aterraba quedarme sin alguno de ellos.

Ninguna de las dos ocupaciones paga-

ba un mal sueldo, pero dados los gastos de salud que debía incurrir por el cuidado de mis padres, quienes para entonces ya estaban viejos y enfermos, poco dinero sobraba. Afortunadamente, con las dos ocupaciones, podía reunir justo el dinero que necesitaba. El terror que vivía de pensar en la posibilidad de quedarme sin alguno de los empleos: era real, porque no siempre podía cumplir con mis tareas. Llevaba una vida llena de estrés. Apretaba los dientes todo el tiempo, dormido y despierto, y parecía que estaba sumido en una depresión las veinticuatro horas del día. Sonreía a fuerzas. Intentaba, en la medida de lo posible, proyectar una imagen positiva con mis alumnos, a los que quería mucho e intentaba contagiar con los temas que debía enseñarles, pero ellos solían ser duros en sus evaluaciones hacia mis clases. Era un trabajo muy ingrato. Cuando se es joven, no se ve fácilmente el esfuerzo que realizan nuestros profesores. Mientras que, en las asesorías para el gobierno: a mis superiores, puedo decir, no era fácil complacerlos. Era un sufrir constante en cada reunión, hasta que lograba darles gusto en lo que demandaban. A veces sentía que la vida era un tanto ingrata conmigo, porque además de estas dos situaciones laborales, la difícil posición en la que me encontraba con la familia era muy triste.

Luego de cinco años de estar sufriendo, decidí darme un respiro de un fin de semana fuera de Francia. Ingresé a mis padres a una estancia para ancianos durante los días que estaría acá. Llegué a Luxemburgo a las 2 de la tarde de un sábado. Comí en un restaurante pequeño y luego di un paseo por las calles. Encontré un café que me gustó por lo coloridas de sus paredes y la decoración con fotografías antiguas. Ordené un capuchino. La mesera no tardó en traerlo.

“¿Desea algo más?”, me preguntó. Debí ser el estrés que había estado viviendo durante los últimos años, porque finalmente pude relajarme en esos momentos y quise jugarle una broma. “Me gustaría invitarle un café. ¿A qué hora te desocupas?”, le pregunté. Ella sonrió y me dijo que a las cinco de la tarde. Me quedé atónito. ¿Realmente iba a salir a tomarse un café conmigo? “Pero a esa hora ya van a estar cerrados todos los cafés de la ciudad”, concluyó.

Desesperado, le dije: “Bueno... debe haber un bar abierto a esa hora”. “Hay uno aquí a lado”, me respondió rápidamente, con una sonrisa. Quedamos de vernos.

Mi vida cambió a partir de ese momento. Conoci la dulzura de esta chica, su cariño, su interés por mis cosas. “¿Por qué no buscas un trabajo en este país? Aquí hay muchas empresas importantes que siempre necesitan ejecutivos. Te puedes traer a tus padres a vivir para acá. Hay muchas casas de hospedaje para ancianos”.

Efectivamente, busqué trabajo...

Lo encontré.

Regresé a París por mis padres y los traje a este país. Trabajo para una fundación filantrópica, de una transnacional, dedicada a las artes. Al año me casé con la chica del café: en el cielo aparece el arcoíris después de la lluvia.



William Faulkner

(New Albany, Estados Unidos, 1897 - Oxford, id., 1962) William Faulkner figura entre los grandes novelistas que, en el período de entreguerras, impulsó con su obra la renovación de las técnicas narrativas y la superación de las tendencias realistas y naturalistas de la centuria anterior. Por la relevancia de su producción y la influencia que había de ejercer, se le sitúa al mismo nivel de los maestros europeos del periodo: Marcel Proust, Franz Kafka y James Joyce.

Pertenecía a una familia tradicional y sudista, marcada por los recuerdos de la guerra de Secesión, sobre todo por la figura de su bisabuelo, el coronel William Clark Falkner, personaje romántico y autor de una novela de éxito efímero. En Oxford, la escasa atención que prestaba Faulkner a sus estudios y al puesto que le consiguió su familia en Correos anduvo paralela a su avidez lectora, bajo la guía de un amigo de la familia, el abogado Phil Stone.

A pesar de que su vida transcurrió en su mayor parte en el Sur, que le serviría de inspiración literaria casi inagotable, viajó bastante: conocía perfectamente ciudades como Los Angeles, Nueva Orleans, Nueva York o Toronto y vivió casi cinco años en París, donde cabe destacar que no frecuentó los círculos literarios de la llamada Generación Perdida.

Perseguía muy conscientemente el éxito literario, que no alcanzó, sin embargo, hasta la publicación de El ruido y la furia (1929), novela de marcado tono experimental en que la anécdota es narrada por cuatro voces distintas (entre ellas la de un retrasado mental), siguiendo la técnica del «torrente de conciencia», es decir, la presentación directa de los pensamientos que aparecen en la mente antes de su estructuración racional.

El experimentalismo de Faulkner siguió apareciendo en sus siguientes novelas: en ¡Absalón, Absalón! (1936), la estructura temporal del relato se convierte en laberíntica, al seguir el hilo de la conversación o del recuerdo, en lugar de la linealidad de la narración tradicional, mientras que Las palmeras salvajes (1939) es una novela única formada por dos novelas, con los capítulos intercalados, de modo que se establece entre ellas un juego de ecos e ironías nunca cerrado por sus lectores ni por los críticos.

El mito presenta a William Faulkner como un escritor compulsivo, que trabajaba de noche y en largas sesiones, mito que cultivó él mismo y que encuentra su mejor reflejo en su personalismo estilo, construido a partir de frases extensas y atropelladas, de gran barroquismo y potencia expresiva, que fue criticado en ocasiones por su carácter excesivo, pero a cuya fascinación es difícil sustraerse y que se impuso finalmente a los críticos.

A pesar de haber conseguido el reconocimiento en vida, e incluso relativamente joven, Faulkner vivió muchos años sumido en un alcoholismo destructivo. La publicación, en 1950, de sus Narraciones completas, unida al Premio Nobel que recibió ese mismo año, le dio el espaldarazo definitivo que necesitaba para ser aceptado, en su propio país, como el gran escritor que era.

Su existencia cambió a partir de este momento: recibió numerosos honores, escribió guiones de cine para productoras cinematográficas de Hollywood (trabajo que aceptaba principalmente por motivos económicos, dado su elevado ritmo de gasto) y se convirtió, en suma, en un hombre público, e incluso fue nombrado embajador itinerante por el presidente Eisenhower. Los últimos años de su vida, que transcurrieron entre conferencias, colaboraciones con el director de cine Howard Hawks, viajes, relaciones sentimentales efímeras y curas de desintoxicación, dan la impresión de una angustia creciente y nunca resuelta.

«No se escapa al Sur, uno no se cura de su pasado», dice uno de los personajes de El ruido y la furia, y, en efecto, el escenario de la mayoría de sus novelas es el imaginario condado sureño de Yoknapatawpha, cuyas connotaciones y poder simbólico le confieren un aura casi bíblica. En este sentido, la obra de Faulkner debe ser contemplada como un todo, en la medida en que toda ella se halla marcada por esta voluntad de recrear la vida del sur de Estados Unidos, por más que tal localismo no impide que sus personajes y sus obsesiones, tan circunscritos a un tiempo y un lugar concretos, adquieran una proyección universal.

ad pédem literae

No podrás nadar hacia nuevos horizontes si no tienes el valor de perder de vista la costa

William Faulkner

Letras de
buen humor

Se puede confiar en las malas personas, no cambian jamás

William Faulkner

Elmer Mendoza

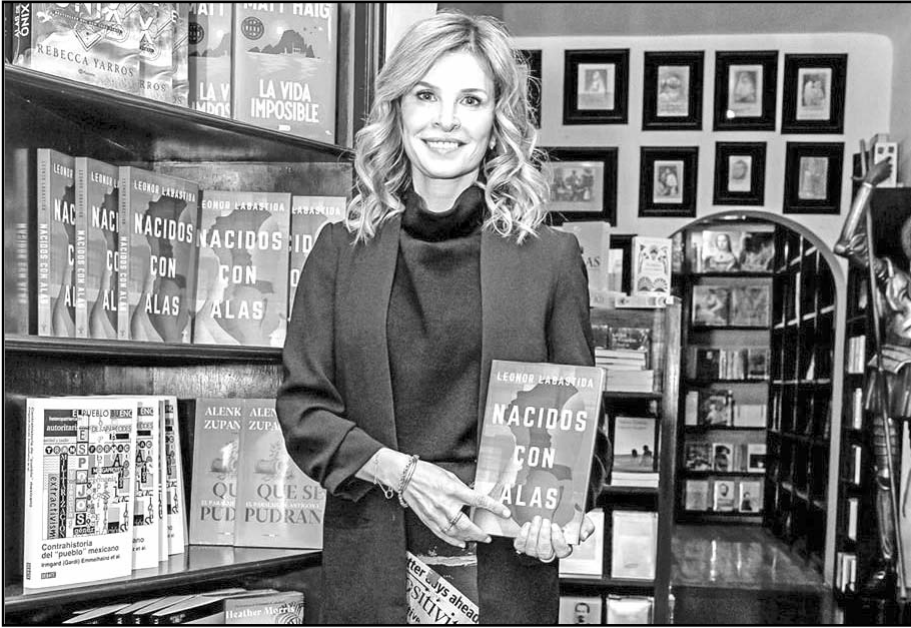
Nacidos con alas

Si México es un país múltiple, nuestra literatura no tiene por qué ser única como si fuera elaborada por una máquina de IA elemental. Nada. Es un instrumento estético de muchas cuerdas y, por tanto, de muchos sonidos. Pensé algo parecido durante mi lectura de Nacidos con alas, novela de Leonor Labastida publicada por Tulbox, en la Ciudad de México, en noviembre de 2024. Se trata de una novela donde el universo del delito se mezcla con el universo mágico, ese que conocen los nacidos con alas, "cuya mirada penetra otros mundos y cuya voz es escuchada y favorecida". Como pueden ver, la belleza y el misterio son la medida de todas las cosas.

Leonor Labastida nació en Los Mochis, Sinaloa, México. Es escritora por vocación y consiguió hilar esta historia de momentos álgidos que nos inducen por escabrosas sendas de misterios luminosos. Cristián, una joven de clase alta, es secuestrada una mañana mientras se dirige a la escuela. Es blanca, de ojos claros, estatura regular y pelo largo. Los perpetradores son una banda de profesionales que la sacan de Los Mochis y la suben a la sierra. Durante horas conducen dos trocas cuatro por cuatro por veredas que no aparecen en ningún mapa. En

algún punto del camino surge una mujer, Teresa, a la que atropellan. Cristián la mira caer y le permiten acercarse a ella que balbucea: Busca a Lola, son nacidas con alas, y muere. La secuestrada conserva el mensaje sin comprenderlo. Llegan a la casa donde la mantendrán al cuidado de tres mujeres, mientras sus padres pagan el rescate, un millón de dólares.

En un pequeño pueblo serrano, Lola despierta transpirando. Ha visto a su mamá muerta. Sabe que así es. Utilizando sus dotes de adivina, la encuentra entre la maleza muy lejos de su casa y se la lleva para darle sepultura. Sufre, llora. Está desconcertada porque en el sueño le dijo que buscara a una güerita, que ambas eran nacidas con alas. Encontrar una blanca entre las indígenas de la sierra Madre le parece fácil, pero algo presiente, porque la empieza a soñar. Que está en peligro. A la vez, Cristián sueña una joven de cabello rizado. Las cancerberas la tratan bien. Todas las mañanas hacen tortillas en harina en un comal y huelen delicioso. Todos los norteños sabemos que justamente así huele el paraíso por la mañana. María, la jefa de las guardianas, padece artritis muy avanzada y sabe que de eso va a morir. Cristián experimenta una sen-



sación desconocida en sus manos y toma las extremidades deformes de María. ¿Saben que pasa? Es un grato momento de la lectura de Nacidos con alas que no les pienso escatimar.

Mientras tanto, Lola ya está en busca de la güerita. Se interna en el bosque en plena oscuridad, pero nada logra. En casa, atiende a la clientela de Teresa. Aliviar males de todo tipo incluyendo los de amor. Varios hombres son la parte masculina de la novela, Sergio, papá de Cristián, Martín, el enamorado de Lola, Ramiro, el jefe de los secuestradores vis-

ibles y don Miguel, un anciano que es el gran consejero. Los tres primeros están siempre, aunque las que tejen la historia son Cristián y Lola, que son jóvenes y están aprendiendo las posibilidades de sus vidas que ahora tienen más misterios que certezas.

Les dejo estas preguntas. ¿La rescatan?, ¿alcanzan a conocerse? Leonor Labastida señala que "se entienden con el corazón". Don Miguel orienta a Lola siguiendo los deseos de Teresa, pero, ¿Y Cristián? Si algo hay que cerrar en esta historia, le toca a usted. Saludos.